

Etnicidad y Ethicidad¹, ¿valores homólogos o consecutivos? (*Desde el Alto de Cilda hasta el Sel de los Muertos*)

MANUEL FERNÁNDEZ ESCALANTE
Valladolid

*Lá sotto giorni nubilosi e brevi
Nasce una gente a cui'l morir non dole.
Petrarca (via Puschjin)*

Hace casi 4 lustros, *sive* dos décadas, dediqué un artículo en un diario santanderino, quiero decir de la ciudad de Santander (Vid. "Alerta", 11-12-1980: "Dos etimologías cantabras, *Ibio* y *Cilda*"), a defender la raigambre céltica de ambos nombres de lugar cántabros, al no tener noticia de una más reciente o más verosímil interpretación de los mismos (no que no pueda existir) pretendo reafirmar el carácter céltico del glorioso nombre, para nosotros los cantabros desde luego, que, como ya indicábamos en nuestro anterior artículo, donde se sugería la presencia de un lugar sacro céltico, bajo la autoridad de Jan de Vries (*La religión des celtes*, Paris, Payot, 1977, pags. 198-199), ello a propósito de la polémica sobre la relación de los druidas con el roble, en favor de la conexión druidas-robles, al señalar este autor como, "en tiempos paganos", los fuegos sacrales irlandeses estaban ligados a la diosa Birgitta y el de esta sin duda al roble, pues que el principal santuario de Santa Brigida era *Kildare* (o *Cilldara*) y *Cilldara* significa, precisamente, "la iglesia, o santuario, del roble" (o, en algún caso concreto, se induce, construida junto al roble o en el lugar del roble). Decíamos, literalmente, así:

"El que la última *Aufhebung* del devenir del pueblo cántabro, en el momento dialéctico en que su presencia va a ser recogida por la historia, lo defina seguramente como celta, es tan evidente, que el merito, en efecto, consistiría en probar cosa distinta. Los nombres cántabros, las armas, los cultos, son celtas, ya digo, en el momento en que aparecen para la historia; insisto, historia, no histeria. Los resultados del método dialéctico y del diacrónico parecen plenamente coincidir. Con el siguiente excursus creemos aportar algunos datos mas en pro de este «consabido cultural», el celtismo del pueblo cántabro en el momento de su cenit histórico. Obvio es decir, me estoy refiriendo a los representantes de primera y segunda función, según la ya clásica tripartición funcional de la sociedad de los indoeuropeos.

El culto de los árboles esta abundantemente atestiguado entre los celtas, resume Jan de Vries ("La religión des celtes", Payot, Paris, 1977, P. 195), y numerosos nombre de tribus célticas tal prueban. Así la de los Eburones y la de los Ebuovices, que contienen la voz *ibor* (tejo), o la de los Lemovices, que han tomado el nombre del olmo (*Iem*). En Irlanda hay nombres como *Mac Dara* = «hijo del roble», o *Mac Ihair* = hijo del tejo».²

¹ Digo *Ethicidad* como expresión de un *Ethos* colectivo no como traducción convencional, desde Benedetto Croce al menos, del término *Sittlich-keit* hegeliano.

² Añadía en la nota: "tal vez el topónimo lusitano *Ebora*, no indicado por De Vries, tenga relación con Eburones y Ebuovices, citado, y, en consecuencia, con el nombre del árbol «Tejo». Parece más probable que el topónimo, no hidrónimo o en relación con hidrónimos, *Ibio*-*ib* (Sierra de) responda al significado celta (no "ibérico" como opino ilustre lingüista sin razón suficiente) «Sierra del Tejo», o de tejos, tejada, tejeda, etc. (Cfr. mi artículo de 1980 «*Ibio* y *Cilda*», Cit.). Como no menos probable parece que Lema, Lemona, Lemoniz, sean topónimos celtas» (*Iem* = «olmo») y no «vascos».

¹ Los galos fueron tratados, comparativamente, con mas lenidad, tal vez porque dieron menos trabajo. Vercingetorix por ejemplo solo fue estrangulado, en sordida mazmorra, no crucificado, como se usaba con los Kántabros heridos, por orden del futuro, clemente Caesar. Cuesta comprender que «cantabros de nación», como diría el clásico, en sus "esencias y formas de simpatía" (sigamos a Scheler), disculpen, con gesto benévolo, las matanzas romanas, a sangre fría, con pérfidos engaños al inocente indígena, y a la par esboocen un gesto de civilizada prevención cuando se enteran que los Kántabros (algunos) bebían sangre de caballo. Gesto tal vez trocado en sonrisa de comprensión antropológica ante la tan filmada practica watusi—técnicas de supervivencia al cabo— con los deleitables hematies vacunos. El que los cantabros murieran cantando su himno de guerra en la cruz romana, o no combatieran precisamente con la cortes afabilidad de zuavos pontificios, les parecerá también un signo mas de barbarie. Vamos, que hagan lo que hagan, los inocentes cantabros, disgustan siempre a la crítica ilustrada.

Mi articulo de entonces, del que por supuesto no me desdigo, aunque dos décadas atendien como es natural el énfasis de la redacción de entusiástico celto—cantabrisimo, y añado al paso, por si acaso, aunque ahora no me detenga en ello, que no tengo por que creer en ninguna acción benéfica especial de la brutal y descarnada invasión romana, con *imperator* enfermizo al frente, contra un pueblo libre como el cántabro porque a germanos, por más que en este caso gracias a Hermann, en Teotoburgo, de quien Tácito considero fuere libertador de su pueblo, o a irlandeses (o a suecos, etc.), no aplastados por las *calligae* de los centuriones y por tanto "no romanizados", no parece haberles afectado en su nivel cultural ni ejecutoria plenamente europea esta ausencia en su pasado histórico de las ejemplarizantes crucifixiones romanas³ (2) o de las civilizadas extinciones, como esclavos, en las minas de blenda, sobre o bajo tierra; Irlanda, Germania, Polonia, Suecia... también fueron cristianizadas, sin previo paso por la reverenciada «romanización», si a ello se aludiere, es decir sin haber sido desencajados de su cultura secular como ocurrió con Hispania y Galia. Los romanos, conviene aclarar, no venían a difundir «la Doctrina» precisamente—lastima de Cronología, lo bien que vendría— ni a imbuir el placer de la lectura «al rudo cantabro», sino a saquear lo que pudieran y a conseguir metales y esclavos; no acaba uno de maravillarse ante el amor hacia ellos y su infame guerra de conquista por parte de algún que otro paisano—quizá no lo sea, eso lo explicaría— que aspira a convencernos de los procedimientos suavos de los latinos, tales que la crucifixión ejemplarizante o los azotes con cabos de plomo. Los irlandeses o los germanos, insísimos, no pasaron por ese trance y ahí los tenemos, suecos y noruegos, no menos, seguramente somos superiores a ellos, no hay mas que verlos, no trizados, insuperable infortunio, por la paternal tutela de las legiones cesáreas. Los cántabros podían haber elegido allanarse, como algún otro pueblo peninsular bien conocido, fingiendo quizá un vergonzante pacto de

sumisión con Roma, mas, como gentes de honor, acudieron al terreno (al igual que los españoles en bloque, iberoicos incluidos, ante Bonaparte en 1808) donde eran provocados, enfrentándose a la ávida invasión de los cultos romanos, eligiendo el riesgo y la muerte a la esclavitud o al sometimiento, espíritus señoriales, hombres de armas, no imaginaban una vida despojados de ellas; aparte de otros muchos datos, ¿cual mejor que este para señalar la identidad espiritual de todos los cántabros?, ¿como no se incide en ello?, cerámica mas o menos o cordillera, no himaláyica por cierto, arriba ó abajo. Pues que tanto se indagan —y es tarea benemérita, porque tanto se han combatido con taimada apariencia de imparcialidad "científica"— los elementos comunes a los cántabros del sur y del norte de la cordillera Kantábrica, ahí tienen uno entre tantos si se quiere, qué mejor, qué mejor, deseamos—indubitable: el coraje. El *Ethos* guerrero similar de "nórdicos" y "súdicos". No me preocupan los (muchos) otros si no como secundarios ante este primer y fulgente signo de identidad. Los demás, bienvenidos, lo serán "por (sencilla) añadidura". Párrafos mas adelante incidía, *expressis verbis*, sobre el sacro topónimo *Cildá* en este tenor:

"Otra conjetura a que nos induce el sugestivo libro de Jan De Vries es la significación del topónimo *Cildá*. A propósito de la polémica sobre la relación de los druidas con el roble, recoge la opinión de Goldman (p. 198—199) en favor de la conexión «druidas — culto de robles», al señalar este autor como, en tiempos paganos, los fuegos sacros irlandeses estaban ligados a la diosa Brigitta, y el de esta, sin duda, al roble; pues que el principal santuario de santa Brígida era Kildáre (o Cildára), y la palabra Cildára significa, precisamente, «la iglesia del roble». Siguiendo tal hipótesis, pues como tal la transmite De Vries (p. 199), nos sale al paso el nombre Cildá, como derivación de Cildár, y este de Cildára. El iter fonético (Cildára, Cildár, Cildá) es normal, y el hecho

de que Cildá se ofrezca como palabra aguda y no llana es un dato más que atestigua esta hipótesis. Sabiendo lo que Cildá representa para la historia de Cantabria, ¿fue este un lugar sacro de los cántabros, y como tal defendido con especial obstinación, como deducen los historiadores, contra los romanos? Tal vez nuevas investigaciones en el lugar lo aclararán definitivamente."

Hasta aquí mi artículo de 1.980, no es precisamente de ayer; casi cuatro lustros después no cabe sino ratificar mi opinión sobre la importancia para la intrahistoria cantabra del lugar aun hoy conocido como Cilda(r)*, (quizá, como en su homólogo de *circa* Aguilar de Campó, Cildad, tal vez una muta «cum líquida», en cualquier caso los topónimos evolucionan sin reglas fijas), o el Cildad de Lloredo, o el Cildad de Tarruey y algún otro más, en el norte de Burgos, también a investigar, importancia acrecida Sin duda por las últimas, hasta el momento supongo, investigaciones arqueológicas en su entorno que, como es natural, el Gobierno Cántabro estará deseando apoyar, como cualquiera otra de parejo interés por supuesto, precisamente para acreditar, aun más si cabe, su especificidad de «cántabro».

Reanudando pues las «conexiones de sentido» en torno a nuestro venerado topónimo quisiera añadir algún otro dato en pro de las tesis celtistas, *prima facie*, de tantos lustros sustentadas:

En el conocido «Diccionario» de Adrian Room⁴, tropezamos con el topónimo KILBARCHAN (Strathclyde) sobre el cual nos informa el citado Diccionario (pag. 194): "the name of this small town west of JOHNSTONE shares the initial element, "Kil-", with many other Scottish and Irish Place-names (see below).

En efecto miramos "below" y encontramos el aun más significativo topónimo, a nuestro propósito, si cabe, KILBIRNIE (Strathclyde): "A town northeast of ARDROSSAN whose

name means "St. Brendan's church". Es decir la Iglesia de San Brendan. Nos aclara el Diccionario: "Whether this was the famous Brendan who was a friend of St. Columba is difficult to say. The name was recorder in 1413 as Kilbyrn".

KILCULLEN (Kildare): "Its name may mean "church of the slope", "church of St. Cuilleann", "church of the wood", or even "church of the holly".

KILDARE (Kildare): The name of this cathedral town, which gave the county its name, almost certainly means "church of the oak", with the latter half of the name representing the Irish *doire* (oak, grove, oak wood)". Santa Brigida, se dice, fundó un Convento el siglo V^o en el mismo lugar del bosque pagano de robles. La actual catedral de Santa Brígida "may stand on the original site". Y lo que parece definitivo, el nombre irlandés es Cill-Dára: "Capilla del Roble". Cill-Dár>Cildá. Nuestra hipótesis.

KILKEE (Clare) probable significado "St. Caos church", en *Irish* este nombre es Cill Chaol. Al parecer no se sabe mucho de cierto sobre este santo.

KILKENNY Esta atractiva ciudad que da nombre al condado tiene el nombre *Irish* de Cill Chaining, que significa "St. Kenneth's Church".

KILLARNEY (Kerry)... nombre irlandés Cill-Airne, significando "Church of the sloes", from the *Irish* airne".

KILLINEY (Dublin), al sur de Dun Lagohaire tiene el nombre irlandés de Cill Iníon Leinin, "Iglesia de las hijas de Leinin". Leinin se dice "to have been an ancestor of St. Colmán, active in the sixth century".

KILLYBEGS (Donegal), significa "the little churches", el nombre irlandés hasta hoy día Na Cealla Beaga. Las pequeñas "monastic cells".

KILLYLEAGH (Down), una peque-

⁴ Adrian Room: "Dictionary of Place-Names in the British Isles", Bloomsbury Reference, London 1989, pags. 194 sgs.

³ *Ibid.* Como Kihllacolm (Strathclyde), una ciudad al sudeste de Greenock cuyo nombre se traduce por "Iglesia de my Colm", esto es, de St. Columba, with "my" (Gaelic mo) added to the saint's name to show a personal dedication to him, a sort of affectionate "posesion" of him. El nombre "is sometimes wrongly associated with the personal name Malcolm, and even pronounced in a way that implies his connection".

Kilmacthomas (Waterford): una ciudad al oeste de Waterford cuyo nombre significa "bosque de los hijos" of the little Thomas, representing the current Irish name, which is Coil Mhic Thomaisín. (The "little" of the name renders the diminutive suffix -in on the personal name, as in the word "colleen", which is Irish caílin, the diminutive form of caíle, "girl"). Kilmallock (Limerick) esta vieja ciudad al sudoeste de Tipperary es conocida en Irlandes como Cill Mocheallóg "St. Mocheallóg's church" St Mocheallóg (whose name is otherwise rendered as St. Molach or St. Mo-Cheallóg) founded a monastery here in the seventh century. Compare the saint's name in Kilmarnock.

Kilmarnock (Strathclyde), ciudad industrial al sudoeste de Glasgow cuyo nombre significa "St. Erman's church", con el nombre del santo prefijado por el Gaelico mo my (the m- of the name) and suffixed por el diminutivo -oc, so that the personal name is en effect "my little Erman" (compare Kilmacolm, Kilmallock). El nombre era recordado en un documento de 1290 como Kilmarroche. Erman fue, en el S. VI, santo y discípulo de St. Columban.

Kilrush (Clare), esta ciudad puerto y mercado sobre el estuario del Shannon, oeste de Limerick, tiene el nombre de Irish de "Cill-rois", "iglesia de la península" (or possibly originally "wood of the peninsula", from coil, not cill).

ña ciudad en la costa oeste de Strangford Lough, tiene el nombre irlandés Cill Ó Laoch, tradicionalmente traducido como "iglesia de los descendientes de los heroes", aunque el último elemento del nombre "could equally be a personal name". ¿Lough<Lug?, se nos ocurre.

(SAINT)-KILDA (Escocia), isla rocosa aún habitada. Nombre por demás significativo a nuestras hipótesis.

Parece que estos once nombres –al menos– que recuerdan el pasado (no tan pasado) celta de las Islas Británicas, oculto en parte (no tan oculto) pero no borrado por los siglos y las invasiones latinas, y germánicas según los casos, (los anglos, jutos y sajones no por más indoeuropeos son menos invasores en Britania), conectan sin fricción con el nombre de lugar Cildá, huella, una mas, del no menos pasado céltico de Cantabria, paralelamente oculto pero no borrado por la brutal invasión romana. De estos once nombres, hay mas³, dos aluden a "bosque", los demás a «Iglesia», «Santuario», «Capilla», indicando una evidente relación entre todos ellos pues sabemos que los primeros templos son calveros en los bosques «a cielo abierto» (sub Dyu). Mas no tanto es esta «conexión de sentido» la que aquí antes nos atrae sino la gran probabilidad identificativa, semántica y etimológica, entre el Cildá cántabro de (sobre) Toranzo y el Cildád, no menos cántabro, de (sobre) Ollerros de Pisuerga, hoy administrativamente palentino, o el de (sobre) Udías o el de Tarruey; Kil-Cil, como Kirk-Circ (recuérdese la consabida maga Kirke– de la Odyssea, o el detonante–denotante–redundante San Kirke > San Kirce, hoy palentino) aluden a lugar sacro o santo (no es lo mismo⁶, sabemos por Benbeniste) o "círculo" –kirkulus, kirkum– donde se venera una divinidad, quizá en este caso Santa Brígida (hasta hace poco tiempo aún se mantenía esta devoción en algún pueblo de la zona), venerable no menos para otros pueblos indoeuropeos, hasta hoy día, e indican, en general, una construcción, tal vez en círculo. –kirk-kerk–, "a cielo abierto", (Kirk-ness, Dunkerke),

probablemente con maderos de roble o entre un viejo roble sacro o convertido en sacro por algún motivo excepcional–sobrenatural atribuido ad honorem de la divinidad epónima o junto algún "procer roble" aislado, como los pasiegos del famoso informe jesuita (la relación de los celtas con el roble es uno de los topoi que hoy día no se discuten, omito insistir sobre ello, ya lo hice en mi "Paganismo en Cantabria", Valencia. Soler, 1977).

En Holder (Alt-keltische Sprachschatz, col. 536) anotamos "Brigit inselceltische göttin der wissenschaften und Künste, göttermutter in Irland, später mit der heiligen des gleichen names vermengt", en la misma columna BRÍGIDA ist latinisierte form von mir, Brigh = air. Brigit = acelt. Briganti. Vita s. Brigidae virginis Scotiae, abbatissae Kildarensis (+523)... In Scotia depositio sanctae Brigidae virginis. Queda sentada la existencia de Brigit, "diosa celta insular" y de Brígida, sancta cristiana, virgen, celta, abadesa en Kildare, muerta en 527. En ambas radiantes figuras femeninas, la diosa celta, la abadesa cristiana de Kildare, ("El santuario del roble"), se constata la presencia del etimo Brig = "fuerza, fortaleza, valor" (col 534). Brig nomine, id est virtuosa, vel vigorosa, filia fuit Annerini ducis Ardianacht (id).

No resistimos comparar Brig, "fortaleza, vigor", con el latín Virgo-virginis (Uirgo-Uirginis) = "doncella", (virginitas = "fortaleza", "virtud"), es decir "fuerte, inquebrantada", donde coincide el "sentido" semántico con una significativa homofonía que indica una común etimología indoeuropea, según el posible iter: gwrig > wrig > uirg (por metátesis; >virg, finalmente: (uirg>virg, en latín tardío)

Ségun D'Arbois, de quien lo recogen todos los celtistas, "En la época cristiana, Brigit, diosa de los irlandeses paganos, fue suplantada por Santa Brígida; y, en cierto modo, los irlandeses de la edad media volcaron sobre esta santa nacional el culto que sus ancestros pa-

ganos habían rendido a la diosa Brigit' (H.D'Arbois de Jubainville, *El ciclo mitológico irlandés y la mitología céltica*. Barcelona, Edicomunicación, 1996, pág. 98). Con esta raíz se relacionan según D'Arbois, "Los sustantivos femeninos irlandeses Brig, "superioridad, poder, autoridad", en galés bri, "dignidad, honor"...". También el adjetivo irlandés brig, "fuerte, poderoso", se explica por la misma raíz" (Ibid. pag. 99). *Brígitta>Bírgitta* recibe asimismo el nombre de *Dana* o *Diana*, «La diosa blanca».

La diosa *Bírgitta-Brígida* (*brigh*= "fuerza, fortaleza", en este caso positiva) es deidad celta como no menos refrenda Jan de Vries (*La religión de celtas*. París, Payot, 1977, págs. 198-199), "en tiempos paganos" los fuegos sacrales irlandeses estaban ligados al culto de la diosa *Bírgitta* y el de esta al del roble".

Para J. De Vendryes ("Lexique Etymologique de l'irlandais ancien", *Dublín-Paris*, 1981, B-90), *brig*, fem. th. en *á*, "poder, potencia"... *avantage*, *valeur*... Derivados: *-brigach*, adjet. "puissant, fort". No parece aventurado unir el «significado» etimológico y el semántico *brigh* = *uirg* (vid. supra) con la idea elevada de la virginidad = *fortaleza* entre los indoeuropeos. Recuérdese el beso de esponsales, transmitido por el presunto celta Séneca, aun superviviente en su Córdoba natal también presuntamente celta (*y-más-que-presuntamente*, después del trabajo de L. Pérez Vilatela: "Perspectiva diacrónica de los celtas en la Bética", Córdoba, 1994. y antes: "La adscripción de "Acinippo" a los célticos en época romana", Ronda, 1990), o el regalo de esponsales (*Morgen-gabe* entre los germanos), donativo de la mañana de boda como reconocimiento a la virginidad de la novia. Debe señalarse la coincidencia semántica (no etimológica) con el griego *ἀδραντος*, con *α* privativa, en "sentido" *-Sinn-* de "inquebrantable» (como lo es el hierro o el acero), es clara la asimilación de *uirgo* = "doncella» con "in-quebrantada» (fortaleza in-

quebrantada), y con *ἀδραντος* principio de (*α*) *δαμαεω*, "indómrito, indomado", tal como aparece *Brünhild* en la noche de bodas antes de ser reducida por el *vicarius maritij* Siegfried. Puede ofrecerse el dato como una muestra más de la valoración ampliamente positiva de la virginidad entre los indoeuropeos en general y celtas y germanos en particular.

En suma es perfectamente deducible que el cueto dominante de Toranzo conocido hoy como *Cilda(r)>Kildare* ostentase, como en todos sus homólogos y homónimos, dentro o fuera de la "Kantabria Véttera", podemos conjeturar, en algún punto dentro de su dintorno, una *Kill(a)* o *Cella* de roble o junto a un roble (*Hara*, ya sabemos que *O'Hara* = "hijo del roble") lugar sacro o santo, probable, para los cantabros y en el plano militar lo que se denomina "un buen observatorio" (¿pudo haber otros campamentos circunvalantes como en el caso de Numantia?) sobre la pétreo fortificación cántabra de la Espina del Gallego -¿*Gallicus?*- desde su ocupación por los romanos. Y no menos posible que los tales romanos hayan mantenido algún tipo de guarnición en ella, como la normal praxis militar sugiere. Y si las excavaciones confirmasen, o hayan ya confirmado, la deducción, mejor que mejor. Lo que importa en definitiva es que un paraje más de la "Kantabria Heróica" se haya aclarado, esté bajo control arqueológico, y sea punto de partida para nuevas investigaciones.

De manera que *Cilda(re)**, mientras no surja explicación mejor, significaría, literalmente, "el santuario del roble", en el "sentido" de "cella", tal como decíamos en 1980, o "de roble», quizá en el sitio hoy ocupado por un "despajado" repetidor, como ya intuyó D. Javier González de Riancho en su impagable libro⁷, y salta a la vista en cota 1066, y no, en tanto no se demuestre, *ciudad* (ciuitas), pues no parece la hubiera "antes de» sino en todo caso acuartelamiento romano "después de», como parecen haber comprobado, hablo a tenor de la prensa y, aun cuando cuestionadas, no

Kilsyth (Strathelyde), ciudad minera al noroeste de *Cumbernauld* cuyo nombre se ha interpretado como "St. Syth's church", o como "church of the arrows" (desde el Gaélico *saighead*, genitivo *saighde*) "Neither derivation- advierte prudente el Diccionario- can be regarded as definitive.. "

Kilwinning (Strathelyde), una ciudad al este de *Ardrossan* cuyo nombre significa "St. Vinin's church", with the saint's name that of an Irish monk (también conocido como *Finan*) quien según se dice funda un monasterio allí, en el siglo VIII, "on the site of the present *Kilwinning abbey*". El nombre, precisa nuestro Diccionario, "was recorded in about 1160 as *Killyvinin*".

Parece quedar con amplitud probada la equivalencia *Kil>cil* = "Santuario", como en *Kildare>cildáre* >*cildá*; es de sobra conocida la pronunciación de C- como K- en el Latín clásico (*De Oratoribus*, I,5). La pronunciación como *ce- o che-* surge en el Bajo Imperio. No entro en la cuestión, aunque de ella forma parte la (presunta) transición *Kildára>Cildára>Cildá**. El paso de una velar a una interdental, en el caso K>c, a través de una silbante y una apical, es consabido y no es cuestión de debate aquí y ahora. El latín -C ante -i o -e avanza su punto de articulación de velar a postpalatal, y mas tarde a prepalatal (en unos casos como africada, en otros como silbante). Grafías como *paze*, *fesit*, a partir del S. IV lo demuestran. La realización africada sonaba */ts/* y */ds/* cuando aparecía entre vocales. El grupo */CI/* sonaba como */eh/* prepalatal, que es también solución del italiano (Cfr. Mz Pidal, "Manual de gramática histórica", Madrid, Espasa Calpe, Vigésimo Segunda Edición, "Orígenes del Español", etc. Rafael Lapesa: "Historia de la Lengua española", Madrid, Gredos, 1997, Manuel Alvar, Diego Catalán, J A

Frago, etc.). Para Andre Martinet ("De las estepas a los océanos. El indoeuropeo y los indoeuropeos", Madrid, Gredos, 1997, pag. 117): "Los pueblos del Mar del Norte serán designados más tarde anglofrisones. Estos son los que, en el siglo V, ocuparán el sudeste de la Gran Bretaña. Lingüísticamente se les reconoce en que palatalizan las (k) en (t) y después en (ts): la designación de la iglesia mediante una palabra griega, kuri(a)kon, "la casa del señor", dará lugar en inglés a church, frente al danés kirke, origen del inglés Kirk, designación de la Iglesia de Escocia; el alemán kirche ha tratado a su manera la segunda k. El latín caupo, "tabernero" se halla en la fuente del alemán kaufen, "vender", pero también del inglés cheap, que encontramos en el nombre del barrio londinense conocido como Cheapside, "el lado del mercado", y, naturalmente, en cheap, "Barato" (en francés (bon) marché). Con el debido respeto y una vez más, ¿por qué añadir "préstamos" cuando hay "orígenes" comunes.

9 Cito esta diferencia en mi "Sobre el concepto y origen de la voz Sanción: El Derecho de los Arios y el imperio de los Rojos". Córdoba, Luque, 1982.

7 "La vía romana de El Escudo", Santander, 1988, pág. 56. Tal vez alguno de los dos edificios cuya planta dibujó Don Javier (pág. 56) en la curva de nivel 1066. ¿Quizá el de la forma rectangular, hoy desaparecido por obra del progreso?, estaban incluidos en un recinto amurallado -¿Ufer, Pomerium?- cuyos restos aun constata Don Javier en su citado libro. Todo induce a creer pudieran, pese a todo, sobrevivir algunos vestigios en el actual recinto, este sí que bien defendido del repetidor. Subrayaba don Javier la ninguna consecuencia de sus llamadas al responsable de la construcción del malha-

dado edificio, en orden a permitir un intento de salvar los restos del espacio amurallado-circunvalado prerromano, o, pastea, romano antes de arrasarse con todo, solución la más fácil y brutal. Los cultos representantes del progreso fueren más allá que los romanos en Cartago. Arrasaron y cimentaron sobre los valiosos restos arqueológicos.

8 La persistencia, como "religiones sumergidas", de tradiciones culturales y culturales celtas a través del Bajo Imperio, Antigüedad tardía y Alta edad media, no suscita hoy por hoy discusión de importancia. Un ejemplo, entre otros tantos, mi interpretación del remanente culto al roble entre los pasiegos paganos en fecha tan próxima como 1598 (Cfr. Mi "Paganismo en Cantabria en los umbrales de la Edad Barroca", Valencia, Soler, 1979). Véase el ingenioso trabajo de Luciano Pérez Vilatela "El espectralista religioso entre celtiberos, ... etc". Actas I Congreso de la Asociación de H^o Social, Zaragoza, 1991. Recoge, y utiliza con brillantez, numerosa y bien elegida bibliografía al respecto, de la pervivencia de las "religiones sumergidas" paganas en España, en su artículo, de inexcusable consulta, Santos Crespo Ortiz de Zárate: "Sacerdotes y sacerdocio en las religiones indoeuropeas de Hispania prerromana y romana", en Rev "Hu", Univ. Complutense, n.º 2, 1997 pags. 17-37. Cito, por mi parte, un paradójico caso de reparación histórico-cultural. En la magna Iglesia-Catedral de Sasámon-Segisamo, uno de los campamentos de concentración de Augusto contra Cantabria, hay, se osetea, colorido, llamativo, ¡Oh Justicia Divinal!, un policromado retablo, de fines del S.XV, con Señor Santiago a caballo arrojando, al galope, a una masa... ¿de moros como suele?, no por cierto, de blancos y sonrosados romanos de gran uniforme. Justicia histórica compensatoria-¿Una travesura del Espíritu Objetivo?- de la injustificada efígie del romano Octavio en una plaza del pueblo. Ocurriencia paralela (al fondo "el común-hispánico-nacional-masokismo", otro pilar, menos invocado, de la evi-

hasta el momento refutadas, las últimas investigaciones en la zona, lo que propugno, pues la naturaleza debe imitar al Arte cual deseamos y auguramos. Si "antes de" -la culta ofensiva romana- hubo poblamiento devoto cantabro⁹ -¿Anfictionía?- en torno al santuario de Brigitta-Santa Brigida, como parece probable, un dato más en pro del postulado celto-cantabristo y, al estar el conjunto circunvalado, según la plausible hipótesis de D. Javier, mejores perspectivas para los investigadores. Si solo existió el santuario dedicado hipotéticamente a Santa Brigida, confundida con la diosa céltica Brigitt, en algún tiempo y en el mismo espacio, sería más difícil hallar alguna huella del mismo por su probable Construcción en madera, mas quizá no imposible en su cimentación, supérstite acaso a la destrucción ingenieril. Su localización supondría un formidable hallazgo para la Historia de Cantabria y justificaría con creces nuevas campañas arqueológicas.

A tenor de todo lo anterior (vid. nota 5) pudírase conjeturar:

El topónimo Ara-Cillum (Arakillum), tal vez sugiere, visto desde la «transcripción» del cronista romano pues por desgracia no podemos interrogar a ningún contemporáneo cantabro, druida o asimilado, que por otra parte desdenaría sin duda el arte de los escribas, la Cilla o Kill(a) que coronaba el presunto "monte Kildare" (Kildár-Kildád-Cildád) cántabro y sea un vestigio más a sumar, no definitivo tal vez pero sí indicativo, en favor de la identificación de Cildád con el Ara-Killum de las fuentes clásicas; no por fuerza empero el Cildád de Toranzo, (aunque también, por descontento), pues no cabe descartar el Cildád de Tarruey mas próximo a Peña-Sagra. O quizá un tercero o un cuarto, no es imposible, pero el significado-significante de Ara-Killum "está ahí". Dígase lo mismo del Ara-Kil navarro, lugar de antigua veneración y «adscrito a leyendas paganas» que mereció la atención, entre otros, de D. Julio Caro Baroja, donde también pudo existir, «en tiempos paganos», un Ara

sobre el cual se erigió una Killa, desde el Alto Medievo, al parecer, dedicada a San Miguel, probable transcripción cristiana del dios celta *Luc*, del cual he tratado en otra sede. Una *Killa>cilla* erigida sobre una altura plana *-Ara-* considerada sacra, «antes de» la construcción de la *Kill(a)*; en el caso navarro quizá, como sugerimos, dedicada a San Miguel- Luc; o a Luc-San Miguel. Es a comprobar por supuesto. (Sobre *Luc-San Miguel* me remito a mi libro «*San Vicente los cuervos y el dios Luc*», Córdoba, 1986. 129 págs.).

No pretendo con estas «conexiones de sentido», que deliberadamente dejo solo apuntadas, sino poner sobre la mesa →de negociaciones por las subvenciones→ la importancia para el mundo paleohispánico del castro investigado junto con la necesidad histórica de continuar y repetir la investigación en, como mínimo, el *Cildád* de Tarruey. Sea generoso el Gobierno Kántabro con el pasado heroico de su tierra. El Espíritu (Objetivo, y el Absoluto) se lo premia.

Resta un postrer apunte sobre *Kildáre>Cildáre>Cildád>Cildá*; es clara la homofonía de latín *Célla* (léase *Kélla*) con el *Kill* celta y el *Kill* específico irlandés. Para J. De Vendryes (op. cit.) es el celta *Kill* = "cabaña, hórreo, recinto para guardar algo", préstamo del latín *Kella>cella* (dim. *Céllula*). Sin embargo no explica por qué no pudo suceder a la inversa, como ocurrió con *carus* por ejemplo, carruca, etc., (Vía *cararia*, etc.), préstamo del celta al latín, que substituyó a los romanos, el *plautum* «autóctono»; o ser términos correlativos en ambas lenguas indoeuropeas las más parecidas del grupo occidental. Sea latín o celta, o ambos, no influye ni es de-terminante en la predisposición ética de los cántabros a la «bella muerte» por la cual denotan en la Historia antes que por beber cerveza o danzar al claro de luna: distinción ética por la cual veneramos su memoria y los hemos recordado →vuelto a pasar por el corazón→ en esta arrítmica Elegía.

«Y del mismo modo, cada cual tiene que tender a la muerte del otro cuando expone su vida, pues el otro no vale para el más de lo que vale él mismo; su esencia se representa ante él como un otro, se halla fuera de sí y tiene que superar su ser fuera de sí; el otro es una conciencia entorpecida de múltiples modos, y que es; y tiene que intuir su ser otro como puro ser para sí o como negación absoluta.»

G.W.F. Hegel
Fenomenología del Espíritu

FINN

“Sólo donde hay vida hay voluntad, pero no voluntad de vivir, sino —así lo enseño yo— voluntad de poder. El que vive estima muchas cosas más que la misma vida, y desde este apreciar mismo, esta hablando la voluntad de poder”

Friedrich Nietzsche
(*Also sprach Zarathustra*, II, “*Von der selbst-Ueberwindung*”)

En cualquier caso el desgastado tema de la etnogénesis cántabra →los orígenes→ no tiene mayor importancia, sin desdeñarlos por supuesto, en comparación con la certeza de sus *resultados* «etno-éticos»¹⁰; «*el producto*», la consecuencia vital: El *ethos* guerrero de los cántabros, por el que son conocidos en la historia, fueron temidos por Roma, cual bien consta en las fuentes, y evaluados y contratados como mercenarios por los enemigos de Roma. Hérosos consabidos entre los pueblos paleohispánicos, junto a numantinos o lusitanos, con demostrado heroísmo, tan feroz como se quiera →*Cantaber Hórrrens*→, así se muestran en la historia y en la Saga «cuyos ecos llegarán hasta Fichte como es bien conocido», su desesperada resistencia en la guerra de los 10 años, quizás desde antes de tan canónicas fechas, les garantiza la inmortalidad del «recuerdo radiante», como dice el poeta, a pesar de los esfuerzos de algún que otro oscuro que no ha podido con la

dente unidad peninsular) a la erección del monumento estatuario-estatuario al primer Omeya en la costa granadina. ¡Oh *sancta simplicitas*. paciente Huss!.

¹⁰ Hay abundantes topónimos hispánicos donde preside el etimo *Cella*, (*Killa*), que indica justamente *cilla* o depósito, de cereales en general; (sin ir más lejos *Val-de-Cilla*), pero no exactamente en *Cildád-Cildár-Cildá* que indican una construcción específica de roble y, suponemos, con dedicación cultual (*Kildáre**). Señalamos algunos *Cill* cual *Cello-ricus> Cello-rico* en Cantabria, *Cella* (Teruel), *Cellagu* (Asturias), *Cellán* (Lugo), *Cellas* y *Cillas* (Huesca), *Cellerira* (Lugo), *Celleira* (Asturias), *Celens* (Lérida), *Cello-rico* (Asturias), *Celles* (Asturias, Lérida), *Cello* (Pontevedra), *Cello-rico* (Rioja), *Celly* (Lérida), etc... ¿Préstamo del Latín o préstamo al Latín? ¿O coincidencia entre dos lenguas indoeuropeas del grupo occidental?.

¹¹ Descarto por ello aludir a la creciente bibliografía “moderna” sobre la cuestión, encabezada en su momento por el prestigioso, y con motivo, celtista Bosch Gimpera (con el debido respeto, eso sí, a don Pere) dentro del confuso artículo, de 1933, “El problema de los cántabros y de su origen” (del “Boletín de la Biblioteca Mdz. Pelayo”, Santander 1933), *fiberos* sí, *fiberos* no (tanto), *celtas* algo, pero luego no, *celtas* sí (*fiberos* no), en *fin*, por ser con todos leal... léase en cualquier caso al ilustrado etnólogo, uno de los pioneros del indoeuropeísmo hispánico, que hablaba, como va de suyo, con los datos de su tiempo, pero el debate sobre “los orígenes” palidece ante la certeza de “los resultados”.

¹² Por descontado que no escasean los rasgos de heroísmo entre los antiguos hispanos aún no domesticados.

dos. Evoquemos, entre tantos otros, al celta o celtibero de Termantia (*nationis Terri-menistae*. Tácito, *Ann.*, IV, 45, 1-3) que tras ejecutar al expoliador romano de la Citerior, Calpurnio Pisón, murió en el tormento inmolándose sin delatar a sus amigos. Y tantos más, pero aquí hablamos fundamentalmente de los Kántabros.

¹² Vid Nota 8. Alabo los esfuerzos, incluidos los míos de hace décadas, por afirmar la etnicidad celta de los kántabros del S. II a. C., hoy los creo innecesarios (a efectos de resultados), no inútiles claro está; aquello que las fuentes prueban con exhaustividad, por más que duela a los masokistas, es su carácter heroico "hegeliano" (dialéctica amo-esclavo), por supuesto cual se mostraron numantinos o saguntinos o lusitanos, para no exceder del espacio hispánico-, junto con su especialización, dentro del ámbito genérico de segunda función, como hoplitas, quiero decir como infantería pesada dotada de armas pesadas, de choque justamente. "Las armas no son otra cosa que la esencia de los mismos combatientes", re-suenan los broncíneos ecos hegelianos de la *Phä-nomenologie des Geistes*. Cada pueblo esgrime las armas que le son propias y estas condicionan su manera de vivir y, por lo mismo, de morir. Morir a tiempo y con gracia, según parafraseó Ortega de Nietzsche. ¿Y acaso no sucedió "por tal manera"? El grandioso final del personaje arquetípico que "representa" el *Kántaber Larus* acredita el axioma del "filósofo del dolor": "Nada nos ocurre que no se nos parezca", y respaldado, con redoblada potencia, en el destino trágico "genérico" de los Kántabros, "el destino del guerrero".

¹³ Me remito a lo dicho en mi artículo "Larus el kántabro, guerrero ario" (*Rev. "Ejército"*, Dic. 1978). Las pe-

«objetividad» del, con justicia así llamado, «Espíritu Objetivo». Ni con la «Verdad Esencial» del Espíritu Absoluto.

Frente a la tópica pereza de las gentes hispánicas «ibéricas», «orientales» (del Ebro medio en pos, el *vasco leuis* de Silio Itálico y demás pueblos similares menos celtizados que los «occidentales», más celtizados), para el combate cuerpo a cuerpo hacia el cual no se muestran proclives, quizá por sus características somáticas, destaca esta actualidad *ferox* "cantábrica" en buscar rápidamente el choque frontal tras el lanzamiento sobre la marcha del dardo, como los legionarios romanos desde luego, reclutados, a las fechas, entre duros campesinos itálicos sin tierras ni fortuna —los *agrestes*—, arquetipos, por fuerza, desde Marius al menos, del *miles perpetuus*, hábiles carniceros profesionales entrenados para matar en formación (no tanto para morir, díganlo si no los rendidos un siglo atrás, milites romanos en cualquier caso, a Numancia, en la campaña de Mancinus, herederos a su vez de los entregados en Caudio), aún cuando, a diferencia de estos, sin ningún orden táctico específico, al menos entre los infantes, salvo el choque elemental cara a cara —*ἀριστεία*—, flor del guerrero aqueo, según nos transmite Homero y Werner Jaeger constata para los hoplitas dorios. No se ven razones por qué ocultar o disimular, como si hubiera que disculparse por ello, esta ética virtud de la fortaleza viril —*ἀρότητα*—, patente en los kántabros, de buscar en el choque cuerpo a cuerpo, (cualidad tan alabada en los espartanos por ejemplo o entre los Samurais del *Bushido*) la muerte o la victoria¹³.

Por emplear un símil, muy del gusto de los insulfilósofos "escolásticos" de todo tiempo, no es la legitimidad «de origen» —trasladémoslo así— lo que más nos interesa de los antiguos kántabros sino la «de ejercicio» —sigamos con la metáfora—, es decir «el resultado» (todos me entienden) del proceso etnogenético que produjo el «tipo ético» ideal del *kántaber indoctus*, "indoctus" por supuesto a con-

llevar o a someterse al yugo romano. Los tipos étnicos y éticos concretos, celtas o no, poco importa, que morían cantando su Himno de desafío en las cultas crucifixiones romanas¹². De los Kántabros —«feroces», recuérdese— no se conoce, y las fuentes romanas lo hubieran recogido con fruición, crucificasen heridos y prisioneros de los alevosos invasores. En verdad los hagiógrafos del cruel imperialismo romano y de sus comisarios lo tienen difícil entre el público —no masoquista— de Kantabria.

Sólo sé —*compruebo*— que mientras Caesar, asesino de Vercingetorix, indefenso preso por cierto, invirtió tan solo siete años en conquistar el comparativamente inmenso territorio de las Galias, con druidas y todo, su clemente sucesor tardó más de diez, que consten quiero decir, quizá más, en medio "pacificar" la, comparativamente también, mínima Cantabria, cuando, campaña tras campaña, sin perspectivas inmediatas de finalizar. Y si ello por fin ocurrió, si ocurrió exactamente así, fue por la decisiva intervención de la *Classis Aquitánica*, que tomó de revés la hasta entonces inexpugnable, con avances y retrocesos naturalmente, ciudadela cántabra, que, caso increíble, aun resistía, victoriosa y desangrada, impávida, sin el más mínimo amago de capitulación, vendiendo caro cada palmo, en el frente del Sur. Al duplicarse, con los desembarcos en el Norte, el territorio a defender por sus "feroces" y paulatinamente mermados habitantes, la resistencia sería más desesperada y "feroz" si cabe, pues los romanos, metódicos y bien entrenados carniceros individuales, reiteramos, con formaciones tácticas a más probadas de siglos, lo que multiplicaba su eficacia, no lo eran. No eran feroces sino civilizadores, o si lo eran; "feroces", con más orden. Lo mismo sus cultos jefes, el conocido genocida Lúculo, exterminador de Cauca, o su aventajado discípulo, aleccionado quizá en

el viaje en que tal vez llegaron juntos, Galba, asesino –culto suponemos– de los confiados y pérfidamente desarmados lusitanos –¡Ehú, Ehú, hermanos torrlavegenses!– en traicionera matanza; eran; si bien se mira, aristocráticos humanistas que acudían desinteresadamente a civilizar hispanos. Por no hablar de Agripa, que es quien nos queda más cerca, en círculos oficiales considerado como el prototipo de milite duro, es decir despiadado, ¡pero sobresalir entre los romanos por tal atributo no es parvo laude!

Dígame empero, en su –relativo– honor, que al concluir la última de las sangrientas campañas cántabras, sonrojado tal vez tras la evaluación costes-beneficios de la “victoria”, renunció, o no osó reclamar –algo así como los americanos en Tarawa–, el Triunfo. No por exceso de modestia, suponemos. Ni menos porque el enemigo se considerase, ¡oh el nacional–masokismo!, tras diez años de feroces combates contra tres o cuatro legiones, más auxilia, insignificante.

En cuanto a mi respecta el grado de las patentes señas de identidad célticas de los Cántabros –¿90, 30, 60 sobre 100?– es más o menos irrelevante, lo que me fascina de mis antepasados territoriales, y maguer étnicos, es, ante todo, su amor a la libertad y su ánimo guerrero. Por el orden que se quiera. No si fabricaban torques más vistosos que los gálicos de La Tène, o cerámicas más o menos escisas, incisas o perifrásticas, con elegantes volutas o bellas líneas. Si escribo ahora sobre los elementos celtas de su etnogénesis, para su gloria bélica indiferente, es, en principio, sólo por añadir otros datos más en apoyo de los ya conocidos. Y en todo caso, sean o no celtas, que sí parecen, la deuda de sangre sigue en pie. Más cómodo sin duda escribir que repararla.

Mas si los celtas cántabros resistieron a esta formidable máquina militar, especialista en la “debellatio contra superbos” –así fueron tratados los cántabros, cual «soberbios”, gran honor

para los defensores de Cantabria no compartido por otros pueblos paleohispánicos–, durante más tiempo que los celtas galos, quiere decir que los cántabros no eran celtas ersatz (desconfiad de imitaciones) sino celtas–kern, auténticos celtas, porque si se demostrase que no lo eran resultaría peor para los celtas y su nebulosa saga. En este caso los cantabros fueren –serían– unos “superceltas” o unas gentes superiores a los celtas “genéricos», en el Ars bene moriendi por supuesto, del cual referimos, no en la fabricación de exquisitas fibulas o brillantes inaures que poco importan a su fama militar. Los celtas hispanos no necesitan, para su multiseccular gloriosa memoria, los refinamientos de la Tène, si a eso se alude en sus –fallidos por otra parte– constantes intentos de menoscabo contra su recuerdo, dentro de la tenaz campaña de los celtistas extranjeros, y algún nacional–masokista suelto, que, ante el evidente carácter arcaico de las lenguas celto–hispanas, desvirtúan la patente celteidad de la Península para intentar así tocar a más en el reparto (de celtismo). Porque si cántabros, lusitanos y arevacos (por ejemplo) no son celtas, peor para los celtas y peor para los celtistas frantzeses, o mejor dicho frankeses, que los desconocen o los envidian. Cumple aseverar en todo caso, con seguridad, de los Kántabros, que si eran celtas no eran, a diferencia de algún panegirista y bastantes enemigos, Celtas Kortos.

Cabe con todo inducir que, pues guerreros famosos, celtas o menos celtas, preceltas, protoceltas o postceltas, es igual, poco importa, incluso paraceltas, bien hallados todos, mejor para los celtas si los Kántabros lo eran, mercenarios buscados para el combate cuerpo a cuerpo no fueren precisamente enanos y asténicos sino corpulentos y membrudos, tal como sabemos al menos de uno con certeza¹³, «tipo ideal» quizá del mercenario cántabro (pues los púnicos no fichaban a voleo), en relación directa con la conocida sentencia aristotélica, de aire pitagórico, que en cuerpo pequeño no se alberga alma grande¹⁴. De la magnitudo animi de los gue-

sadas armas de choque manejadas por los mercenarios cántabros, al servicio de Cartago en este caso, obligan a pensar en sus dueños y esgrimidores como no precisamente canijos o entecos. La tradición legionaria, recogida no menos por Livius, conservaría el recuerdo de la “Pubes Caterva” de kántabros que no abandonaron el campo, a diferencia del ejército púnico en vergonzante huida, y murieron a pie firme amparando la enseña y cumpliendo el contrato. El caudillo de esta juvenil banda guerrera (Pubes Caterva) se llamaba Larus. “Kántarber Larus” lo identifica el poeta para la perenne Fama (Silio Itálico, Púnica, XVI), el último de la Pubes caterva de cántabros en ser eliminado “sobre el campo” por la marea de legionarios que le rodea, a todos los cuales ha hecho frente, el solo, caídos ya todos sus jóvenes compañeros, golpeando con la pesada bipenne –“arma favorita de su tan salvaje pueblo” dice el poeta– hacia todos los azimuts, sin rendirse ni afligirse. He vuelto sobre este héroe cántabro en sucesivas épocas y sedes. Si nuestro héroe universal hubiere nacido en cualquier otra parte de Hispania, sugiero, tendría ya a su memoria, amen de algunas series de Televisión y varias tiras de cómics, diversas reclamaciones de herencias y derechos históricos, con bastante razón. Eso por lo menos. A cambio, en la actual desmembrada y desmedrada Kantabria, tal evocación heroica podría ser tachada incluso de Political incorrectness. Quizá no ocurra así con el nuevo talante de las futuras promociones juveniles de cántabros, esperemos. Por callado estaría dicho, pero quede claro, que mi “Alabanza de Cantabria y justiprecio de Roma” se refiere a la “clásica”, no a la actual y rárkítica ni a su situación administrativa, a mi adífora.

¹⁴ Eth. Nic. IV, 3 1123b passim.

Aristóteles destaca esta virtud ya que ella "magnanimiza" a todas las demás: "Y así la Magnanimidad debe considerarse como ornato de todas las demás virtudes... La magnanimidad es imprescindible en la grandeza como la belleza en un gran cuerpo ya que los cuerpos pequeños serán graciosos y proporcionados, en su caso, pero nunca bellos". La insistencia sobre esta virtud, según Werner Jaeger (Paideia, I.I), revela la persistencia en el estagirita de la ética aristocrática de la Hélade arcaica. Entre los cántabros, de cuya probada "magnitudo animi" se desprende la correspondiente "magnitudo corporis" y viceversa, ésta, - bien demostrada por cierto-, ética señorial no necesita más cronistas. Aunque no viene nada mal, ainda mais, la referencia aristotélica. Lástima que, como dijo otrora el famoso opositor, por lamentables causas cronológicas no alcanzase el estagirita a tener conocimiento del atónico testimonio de Estrabón sobre los cántabros (III,4,16), "de los cuales se cuenta este rasgo de loco heroísmo: que habiendo sido crucificados un cierto número de prisioneros murieron cantando himnos de triunfo". Ante el refinado asombro, suponemos, de los cultos civilizadores romanos, y el aplauso tácito de legionarios rasos y decuriones, al menos.

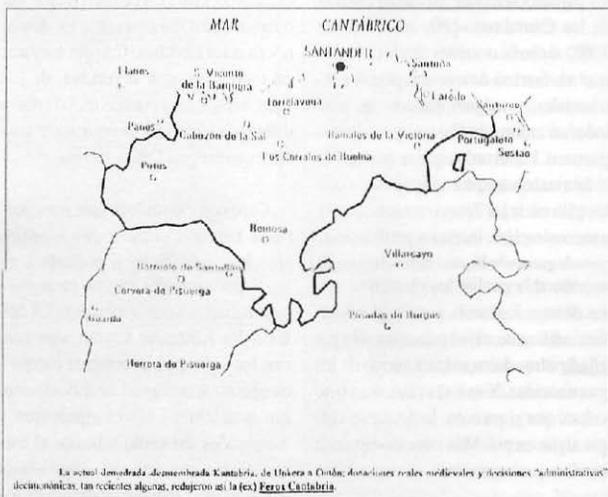
15 Me remito, *andres Mal*, a mi artículo: "Larus el cántabro, guerrero ario", Rev. "Ejército", Dic. 1.978, *passim*, donde subrayo esta cualidad étnico-ética "euromea", ya destacada por Hegel y patente en la *Illiada*, de buscar el choke con armas específicas de choke y señaló, por primera vez supongo en nuestra publicística, la "Pubes Caterva", así citada por Silio Itálico, que acudilla el gigantesco cántabro *Larus*, como un típico y tipificado *Männerbund* indoeuropeo. Como lo es sin duda el

rreros cántabros tenemos abundantes pruebas (como de su casi obligada co-responsencia somática, la inducción se impone, en contraste al "vasco leuis" de Silio Itálico (X,15) tipo ibérico-mediterráneo (*quín no* arribado a la depresión cantábrica, huyendo de árabes y moros, para mezclarse con Várdulos, Carístios y Autrígones) que normalmente combate, según el uso bereber-mediterráneo, de lejos, con flechas y piedras, como todos los *leues*, cual el nombre indica, infantería ligera¹⁵. Cuando el Gran Capitán combate en Italia al frente del ejército real distingue con cuidado, a efectos de misiones bélicas específicas, indoeuropeos y mediterráneos, unos para acción de tiradores (*leues*, mediterráneos), otros para el choque cara a cara (indoeuropeos) a pie y a caballo. Gonzalo de Córdoba encomiará y exigirá, en el desafío de Barletta, la actuación como caballeros medievales, especialistas acreditados en el choque individual, a sus escogidos *gens d'armes*¹⁶. Esta distinción étnica (*leues-hoplitas*)

puede marcar, paralelamente, otra, en el sentido hegeliano, *ética*, tiradores-"resolutores". Ambas especialidades, béliques y hóplitas, pueden ser complementarias (Hans Delbrück: "Geschichte der Kriegskunst"... Berlín, 1920). De éstas se trata y a ellas nos remitimos. No del proceso etnogenético, insistimos, óptimo en cualquier caso a juzgar por los resultados. Ante ellos descaece, aunque esté clara, la cuestión de los orígenes¹⁷.

«Solamente arriesgando la vida se mantiene la libertad, se prueba que la esencia misma de la conciencia no es el ser, no es el modo inmediato como la conciencia de sí surge, ni es su estar hundido en la extensión de la vida, sino que en ella no se da nada que no sea para ella un momento que tiende a des-aparecer; que la autoconciencia solo es puro ser para sí»

G.W.F. HEGEL
Phaen. des Geistes



ENDECHA SOBRE EL SEL DE LOS MUERTOS

«Por consiguiente, el comportamiento de las dos autoconciencias se halla determinado de tal modo que se comprueban la una a la otra mediante la lucha a muerte».

G.W.F. Hegel:

Phaen. des Geistes.

«*Enim genys durum sumus...*»

A. Lernet-Holenia.

Queda todavía una grave incógnita por resolver. ¿Por qué se llama el «Sel de los Muertos» a la explanada ante el Castro de la Espina –¿Penna?– sino porque allí cayeron y fueron allí mismo tal vez enterrados, incinerados o abandonados a las jupiterinas aves (si los romanos, en aplastante superioridad numérica, devinieron finalmente ganadores), –pues este es “el destino del guerrero”, ser recordado, incinerado o sepultado en el lugar donde cayó–, los cuerpos de los defensores de la esquemática fortaleza, abrumados al fin por la insistencia, campaña tras campaña, de la civilizada y civilizadora invasión latina.

¿Quién sería el vate del pueblo –o fue simplemente «el pueblo»– que así bautizó el áspero paraje donde los cántabros combatieron previsiblemente hasta el último hombre, como exigía su código de guerreros, bien atestiguado en tantas ocasiones, y dejaron sus cuerpos, heroizados por la muerte “sobre el campo» –*Kein schöner Tod*–, para cebo de los sacros buitres o para ser incinerados, o sepultados, si se molestaron en ello, por los cultos romanos que con tanto celo difundían las oraciones de «cum con subjunctivo»? ¿Por qué milagro de «la vida latente tradicional –tan afinado don Ramón– ha pervivido el nombre del sombrío paraje cántabro, traducido a través de los siglos, o pulimentado a través de los siglos, de generación en generación, con mas fortuna histórica, y poética, que ha tenido el nombre del lugar sede de la Corte de Atila, *circa* Débrecezen, en cuya gran sala riñeron su último combate, en un rojo solsticio

grupo fraterno de los Infantes de Lara y su Gefolgschaft (Me remito a mi libro “*Del derecho Natural de los Héroes al de los Hombres. La épica castellana y la *Blutrache* germánica...*”, Granada, Universidad, 1981). O la *Alcaidía de los Donceles*, típico *Männerbund*, no clasificado hasta la fecha como tal (“*Cofradías Militares Indoeuropeas en la frontera del Reino de Granada. La Alcaidía de los Donceles y el “Arische Männerbund”*”, Granada, 1987); más leídos todos que citados aunque dé lo mismo, importa que el tema ha saltado al ruedo (Ibérico), *sed non solum*, etiam al celtico y al germánico; lo hemos conseguido. Quieran o no, los nacional-masokistas, no tienen otro remedio que admitir el ficto-desdeñado lema del celto-germanismo en Hispania, que ya no tolera, en sede metodológica, no menos fictos desdeños. En cuanto a ingenuos imitadores (de ellos serán nuestros defectos), de menores, o mínimas, dimensiones, cabe, en su descargo, su no inclusión en el grupo, con intención jocosa apelado, se nota el “*animus iocandi*” naturalmente, “nacional-masokista”, de corte stockholmiano (síndrome de).

¹⁶ Cfr., mi Conferencia: “*El gran Capitán, el sustrato étnico español y el orden militar renacentista*”, (Jaca, Salón de Congresos, Mayo 1982. Editado por TAT, Granada, 1987, 47 págs.), donde se muestra la habilidad y economía del esfuerzo con que el ecuaníme cordobés emplea el material humano a sus órdenes: *lexes* para emboscadas, descubiertas y persecución rápida, todos arcabuceros hispánicos, los mismos para infantería y caballería ligeras; y *Gens d’armes*, caballería pesada, hispanos y nobles napolitanos, indoeuropeos; y, como infantería pesada, 2000 lansquenettes para oponerse en el choke a los 7.000 suizos de Nemours, todos asimismo indoeuropeos. El resultado queda en la Historia. No se ha reparado lo suficiente en esta doble –al menos– composición étnica hispánica (tan parecida a la de la actual

Francia por otra parte, no es nada exótica), comprobable hasta este siglo. En la conquista de México, Hernán Cortés –“de cabellos rojos”– combate, espada en mano, al frente del *Comitatus* que le ha seguido en su aventura en busca de fortuna y honores, sin desdeñar el apoyo por la acción de tiradores, escopeteros y ballesteros. En las “*Cartas de relación*” queda expresada la comprensiva combinación de ambas especialidades, tiradores y “*resolutores*”, por el inteligente caudillo extremeño (Cfr. mi conferencia “*La importancia del fuego y el choque en la conquista militar de Las Indias*”, 1-2-1988, en el Vol. “*Jornadas de Artillería en Indias*”, Santa Cruz de Tenerife, Cabildo Insular, R.A.93, 1988).

¹⁷ Los *Leues* (leves), más tarde *bélites*, se llamaron así, a partir de la transformación del Ejército romano hoplítico en manipular, con la misma misión “*ligera*” de hostigamiento a distancia. El *otúskón* de los autores clásicos, aun no emigrado en masa a la “*depresión*” cantábrica en el siglo VIII ante la “*presión*” árabe-bereber, es un ibero-mediterráneo típico, al menos en su manera de combatir y correspondiente atuendo bélico, sin coraza (*insuetus galeae*) ni casco (*nece tectus tempora vasco*), sabemos por Silio Itálico, solo dotado con armas ligeras para la acción a distancia de tiradores no para chocar con la infantería pesada adversaria ni resistir a la caballería. El actual tipo convencional “*vasco*” en cambio, en realidad “*vasconizado*”, es producto de la *Aufhebung* entre el tipo ibérico ceneño y atezado del viejo país vascón, tan parecido a otros de la vega ibérica, y el céltico de autrigones, caristios y várdulos, prestantes a la avalancha de emigrantes de tipo mediterráneo grácil desde la invadida vega ibérica media hacia la

depresión cantábrica ante los invasores celtas y semitas, como hemos indicado, y es desde hace décadas consabido. En cualquier caso esta *Aufhebung* de iberos y celtas reproduce una combinación étnica típica de la Península Hispánica, mediterráneos mandados por indoeuropeos. Se distinguen perfectamente, aun hoy, en el erróneamente llamado País Vasco, ambos tipos somáticos, el celta, procedente de sucesivas migraciones belgas, como ha estudiado el Dr. Solana para los Autrigones, anterior, y el ibero del valle medio del Iber, emigrado al actual país vasconizado en el siglo VIII por las causas antedichas de la presión musulmana. Son datos consabidos, al menos desde Sánchez-Albornoz innecesarios de avalar con otras citas. Un ejemplo curioso de la pervivencia del elemento celta en el llamado, imprecisamente, País Vasco, en realidad *vasconizado*, sería, entre tantos, el rostro céltico del inminente *Legendacarius* tan similar al de la actriz de aire celta Jamie Lee Curtis. Es paradigmática, entre tantos pueblos paleohispánicos, esta situación prerromana de indoeuropeos dirigiendo a preindoeuropeos. El que, al frente de un pueblo con tantas características ibero mediterráneas (vid. últimas investigaciones hematólogicas del Dr. Armatz-Villena) como los actuales "vascos", en realidad vasconizados, figure un evidente indoeuropeo como el preconizado *Legendacarius* reproduce un viejo esquema paleohispánico y resulta animador. Lo mismo la presencia de los *Sres. Astizans* y *Astizans*, indoeuropeos indudables. No menos el Sr. Atucha con su aire scófico. No tanto, en contraste, otros, como hemos distinguido, evidentes, y por supuesto honrosos, naturalmente, iberos, con amplitud incardinados desde luego en la cultura indoeuropea común a toda la Península hispánica, o ibérica, transmitida, en su faceta clá-

sica, por Seminarios religiosos y Universidades laicas. Es de augurar, y desear, los mejores frutos, si hay ecuanimidad, de esta antigua *Aufhebung* tan arquetípica hispánica. La combinación mediterráneos-indoeuropeos tiene honda tradición en Hiberria-Hispania como es asimismo consabido (no la descubrimos precisamente nosotros) para los especialistas en pueblos paleohispánicos. (Cfr. mi artículo "Un caso curioso de retroconciencia histórica: La Pordon-Dantza de Tolosa y la batalla de Beotivar", en Rev. Hist. Del Derecho, Vol. II, Univ. de Granada, 1977, págs. 4-31, (Hom. Prof. Torres López).

"Al parecer la fortaleza, coraje viril o valor físico son políticamente incorrectos para los detractores del *cántaber ferrox*, imbuidos del síndrome de Stokolmo respecto a los romanos, cual no es mi caso, sin tener en cuenta que la *fortitudo animi* ó *auspexa* es una de las cuatro virtudes enumeradas por Platón más tarde llamadas cardinales. Cicerón, con elogiada claridad, afirmó que la Fortaleza, cuyos principales atributos son el desprecio a la muerte y el desprecio al dolor, es cualidad viril o sea propio del varón (*Tusc.* II, 18-43): "Inter omnis igitur hoc constat, *neg doctos homines solum, sed etiam indoctos uirorum* esse fortium et magnanimum et patientum et humana uicentium toleranter dolorem pati; nec uero quisquam fuit qui eum qui ita pateretur non laudandum putaret. Quod ergo et postulat a fortibus et laudatur, cum sit, ut aut eximiescere ueniens aut non fere praesens nonne turpe est? Atqui uide en, cum omnes rectae animi adfectiones uirtutes appellentur, non sit hoc proprium nomen omnium, sed ab ea quae uac ceteris excellerebat, omnes nominatae sint. Appellata est enim ex uero uirtus; uiri autem propria maxime est fortitudo, cuius munera duo sunt maxima, mortis dolorisque contemptio. Idem Santo Tomas, en II-II, q. 123 a 2... "Alio modo potest accipi fortitudo...", alude el aquinense a la especial firmeza de ánimo para resistir y rechazar todos los ries-

gos en los que es sumamente difícil tenerse firme. Y en II-II, q. 123 a 5: "Respondeo dicendum... Et secundum... Et secundum hoc, concedendum est quod fortitudo proprie est circa pericula mortis quae est in bello...". Al parecer lo que visto en los legionarios invasores sería *fortitudo* en los Kántabros invadidos es salvajismo y *ferocia*. También en los germanos y escitas. Sólo que sus descendientes no se muestran precisamente abochornados por ello sino, inmunes al síndrome stokolmiano, bastante orgullosos de sus combativos kárkaros. No es necesario expresar que la distinción amo-esclavo hegeliana no depende para mí del color de la piel ni la conformación del cráneo, el guerrero zultí que se enfrenta en solitario al "rubeo león" con una frágil azagaya en la mano, o al fusil europeo con escudo de cañas, *sicut* modelo cinematográfico, (o el impávido iroqués del *Toma-hawk* frente al arco del mohicano o el rifle del colon), es no menos un espíritu señorial que los indoeuropeos Hagen o Larus (o Lavin-Cobo), lo mismo se diga del *ánimus* Kamikaze, pero en estas páginas hablamos de los Kántabros.

Los guerreros del *El Riff*, orónimo germánico, aún perviviente en Austria, con el significado de "escollera, barrera rocosa, arrecife", etc., tomados entre dos frentes por el desembarco en el Norte, maniobra homóloga a la romana en Cantabria, se dejaron también matar sobre el terreno. Mancha su reputación las torturas, en verdad salvajes, inflingidas a *deserticarios* e *inmensos* heridos y prisioneros de los, es cierto, invasores. No consta así de los cántabros con los suyos. Dígase por otra parte, en honor a la verdad, el inútil esfuerzo de algunos prohombres rifeños, posibles descendientes de los germanos de Genserico o de Gelimer (o el mismo "El Krim" (*Krim-hild*, *Krim(m)*), -más de un siglo de reinos germánicos en África-, en evitar la salvaje matanza. Aplazo el tema para otra sede.

¹⁹ Claro que por otra parte, argüirán posibles objetores al celtismo-

un *Urda* en Toledo, un *Urdiales* en Astorga, un *Urdilde* en Coruña, varios *Urd* en Navarra, señales inequívocas de la presencia celta?. Aún cuando, como hemos dicho, no sea el propósito primordial de este artículo, ¿acaso puede dudarse de la importancia de la *perviviente*, huella celta en Hispania?

tos, espero sobre el nombre de algunos lugares de Cantabria en donde se deduce o se comprueba, en uno de ellos según parece con seguridad, en otros con probabilidad, la existencia de gentes armadas defensoras de un recinto murado que para expugnarse ha congregado a un número grandemente superior de enemigos. Un paraje donde los cántabros, por mucho que duela a los del *Ressentiment*, cara a cara, como siempre, han mostrado, una vez más, su dominio del *Ars bene moriendi* en su reconocida faceta militar⁵⁰. Sirvan estos datos como "Aportaciones para contribuir a un mejor conocimiento de Cantabria", o algo por el estilo, rótulo suficientemente elusivo, alusivo y comprensivo a la vez. No entraré en discusión sobre ellas pues deliberadamente me limito a transcribirlas, poco les añadiría un comentario más extenso o cualquier sugerencia, que puede quedar a cargo del lector. La joven generación de investigadores cántabros que aman a su tierra, impulsados por la opinión pública, no renegante de ella, agregarán nuevos y nuevos datos, con plena dedicación a su tarea vocacional a la cual han ofrecido desinteresadamente sus vidas académicas, ayudados como es natural, para sostenerse, por la entusiasta colaboración del Gobierno Regional. Pues si viven para Cantabria justo es vivan de Cantabria. Como se dice, quienes viven para el Altar vivan del Altar.

M.F.E.

(En *Torr-la-Vega-en-Cantabria*)
Samahain, 1998

PEREGRINACIÓN A LAS FUENTES

...et niveos Luna levarit equos

(Ovidio: *Fastos*: D.5.G.NON.APR.
LUDI.)

Decidimos, dejando cada uno a su suerte al compañero de expedición, caminar en solitario hacia el paraje donde reposan, aselan, asilan, esperan, los jóvenes guerreros cántabros —pues quién

muere a las armas aferrando es por siempre joven— que defendieron la tierra.

De todas las versiones que ofrece Corominas sobre el nombre de nuestra meta elijo la más probable, la que he oído y creído siempre desde niño, la más acorde con el ahora tranquilo paraje, donde, *selantes*, los claros semblantes, de los guerreros cántabros, presentan, en la memoria transcendental sus nítidos rasgos al claro de la noche: "Sel», prado alto, o calvero entre rocas,—antes entre robles—, para descansar de la ruda jornada, para *aselarse*, justamente como los cuervos que hemos *des*—aselado y alzan pesado vuelo, simbólico, en esta hora mágica, la presencia de las aves de Luc, para posarse, *asilarse*, "asilarse", unos metros más allá.

Desciendo, despacio, desde la altura terrible de Cildá, con dirección al pétreo pretil del cántabro castro, se hace corto el trecho, bajo luna clara, hacia media noche, sin forzar el paso, la conciencia de la injusta tragedia gravita a *tergo*; o no injusta, recordamos a Hegel, la Historia no es un melodrama de buenos y malos, todos han representado su papel con dignidad; los Cántabros, sobre ella, con un plus de heroísmo, sin esperanza ni tristeza. Ninguna huida sino hacia delante. Ahí van tras el paradigma guerrero con alegre estrépito, ondeantes las áurcas insignias sobre el rojo fondo del lábaro. Desconfiad del heroísmo triste nos recuerda el filósofo del martillo. No se han mostrado tal los guerreros cántabros, con estruendo salvaje y gritos de ánimo, el barritus enardecido, que todos hemos alcanzado a conocer, el que rompe las gargantas y arredra al enemigo, rebotando contra las peñas, allá va la despreocupada banda de remotos compatriotas a incrustarse en las cautas, disciplinadas, profesionales filas romanas. Los Cántabros tan deportivos y *generosos* (de buen *genus*), *in*—calculadores y arrojados como su tradición acredita. Morir antes que someterse. Pueblo de señores. Así quiero evocarlos en esta irrepetible noche en calma. En este su definitivo paisaje.

Retazos de neblina no alcanzan a turbar la unanimidad lechosa de la escena. Bordeamos, ahora impacientes, el último tramo del *iter mortuorum*. Sorteamos el penúltimo peñasco, aristado, no sin, —vengativa reliquia romana quizá—, sufrir la erosiva consecuencia maleolar; no es un camino de rosas, no lo fue para los Cántabros que lo recorrieron por última vez para mejor vender caras sus vidas al socaire del reducito de piedras, tampoco para los romanos, en segura, como siempre, superioridad numérica. Tantos de ellos no volverían a repasarlo. Rodeamos el castro. Estamos, de pronto, ante el Sel de los Muertos. A sotaluna la Espinna del Gállico.

Son las 12 de la noche, otras dos noches más para el plenilunio, el Sol de los Muertos brilla falsamente inmóvil y su luz serena cae sobre El Sel de los Muertos, vasto silencio, la luna, cuyo nombre no puede invocarse sin perfrasis, «el Sol de los Muertos», —tu bien lo sabes *faith* del valle del Dobra—, la grande luna de las montañas, la tierra, en vasto silencio, inmóviles, indiferentes, como suele la naturaleza ante la Historia. Sensación de paz, ninguna inquietud,

estoy entre amigos, entre hermanos, los rostros herméticos pero no hostiles de los jóvenes cántabros, heroizados por su gloriosa muerte de guerreros. “sobre el campo”, contemplan, impasibles, el desierto *teatrum* de su hazaña final; serenidad de la noche, inexpressable encanto de la patética escena en ninguna manera triste ni menos aterradora, sensación total de pura felicidad por el reencuentro, empero ningún sentimentalismo, tal como determinado, solo fría razón, así ocurrió, así se admira. Girón de nubes en lenta fuga sobre el castro. Leve rumor ahora de lejana brisa, de nuevo el silencio. Cuanto tiempo en pie. Disminuye, lentamente, la maravillo-sa tensión: Torno, paso a paso, ensimismado, hacia el alto de Cildá, “el santuario del roble», sin osar romperlo. Apunta el alba. Reunión arriba. No alteramos el acumulado silencio. Hemos comprendido.

“El individuo que no ha arriesgado la vida puede sin duda ser reconocido como persona, mas no ha alcanzado la verdad de este reconocimiento como autocon-ciencia independiente”.

G. W. F. HEGEL

Phaen. des Geistes